

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1 La que se hizo amar, por Marcel Priollet.—
- 2 Nada se borra, por Max Dervieux.—
- 3 La esposa y la amiga, por José Baeza Valero.—
- 4 El hombre que no servía para nada, por Jorge Clary.—
- 5 La falta del hombre, por René Trotet de Bargis.—
- 6 Mujeres..., por Francisco-Mario Bistagne.—
- 7 Lecciones de la vida, por Félix Léonnec.—
- 8 La primavera reflorece, por Michel Nour.—
- 9 El señor Francisco, por Francisco-Mario Bistagne.

Acaba de aparecer el 10.º volumen

ALAS ROTAS

por Andrés Bayón Belío

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de **UNA PESETA**

J. HORTA, IMPRESOR

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 337

50 CTS.



Su
Majestad
la Modistilla

por
I. Robertson
y Livio Pavanelli

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración | Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 337

Su Majestad la Modistilla

Novela de una pajarita de bulevar, sentimental
y picaresca

Intérpretes principales:

L. ROBERTSON y LIVIO PAVANELLI



EXCLUSIVAS

LEMIC, S. A.

Mallorca, 236
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MADGE BELLAMY

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

Imprenta J. HORTA, Cortes, 719 - Barcelona



SU MAJESTAD LA MODISTILLA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Hay una ciudad en la tierra que vive de la gloria de sus monumentos sostenidos por columnas inmortales de mármol y bronce. Cada columna es una victoria.

Esa ciudad es París.

Pero la gran capital francesa es también no menos famosa por otras columnas llenas de gracia que sostienen las modernas maravillas. Cada columna es una tentación.

Esas columnas son las de las mujeres de París.

Las glorias pasadas las cuentan los historiadores.

El nuevo imperio de las columnas de carne y seda es loado por los dibujantes de modas.

En el salón de exposición de modelos vivientes de una renombrada casa de modas, situada en una de las vías más céntricas de la Ciudad Luz, hallábase reunido un selecto público que contemplaba con admiración los magníficos vestidos de la nueva temporada.

Entre el elemento interesado en la compra de los últimos dibujos había varios enemigos de tal interés. Estos eran, claro es, los maridos o simplemente "acompañantes" de las posibles compradoras.

Uno de ellos, que no por ser ya cincuentón dejaba de conservar las ilusiones juveniles, observaba con deleite a las maravillosas estatuas mecánicas de carne y hueso, y de buena gana daría su fortuna por permu-

tar las resistentes columnas de su dicha doméstica. En efecto, la esposa del melancólico varón tenía unos pedestales capaces de sostener con ellos este mundo y el de más allá también.

Una de las clientes más distinguidas de la casa era lady Thomson, dama de la rancia nobleza inglesa, quien dejaba el orgullo británico para acatar las leyes de París.

Una señorita que se hallaba junto a ella, dijo a lady Thomson:

—¿Por qué las damas inglesas prefieren a los modistos parisienses?

Lady Thomson, sonriente, repuso, olvidándose de la modestia:

—Es que las inglesas somos las mujeres más inteligentes de la tierra... Por eso nos gusta el género inglés, el corte francés y el vino español.

La señorita asintió con un leve movimiento de cabeza, pero, en el fondo, encontró impertinente a la aristocrática señora, para la cual el globo terráqueo era algo así como una bola de billar.

Terminada la primera sesión de exhibición de modelos, los maniqués desaparecieron hacia el salón donde se desnudaban y se vestían con la rapidez de un bólido.

Los lindos maniqués — grandes señoras por breves instantes — despojáronse de sus ricos atavíos y sin darse descanso se pusieron otros acaso más elegantes y más caros que los anteriores, para la segunda exhibición.

Todas las modelos eran escogidos tipos con rostro agradable y hasta en algunas de ellas primoroso; pero la que tenía mejor voto entre todas era, por su desparpajo y buenas formas, aunque mayormente por lo primero, Margot, a la que todas entre sí llamaban la mandona de la casa. Sus humos eran tantos que a su lado un incendio era tan insignificante como la llama de una cerilla al alcance de una bocanada de aire.

En la habitación inmediata a la de las modelos estaban encerradas durante horas interminables las abejas de la aguja, las

modistillas que derramaban risas y lágrimas entre tules y sedas.

Una de ellas, Miguelina, alegre como un pájaro, soñaba en tener un nido de rosas, un trono de seda y un armario repleto de toaletas.

Como era fina y de modales señoriles, sus compañeras, salvo honrosas excepciones, la envidiaban y hacían a menudo burla de ella. Así aquel día, al sorprenderla oteando, desde la puerta de cristales que separaban las dos habitaciones, la de las modelos, la más envidiosa comentó en voz alta, para mortificar a Miguelina:

—¡Es una cursi! Porque su padre murió hecho un héroe en la gran guerra, se cree una generala.

Miguelina volvióse a ellas y, con desdén, les dijo:

—¡Tontas!... Yo me visto un traje de esos y París se postra a mis pies.

—Sí, sí...

Siguió la broma, mientras en la habitación de los maniqués la encargada tenía

unas palabras con Margot, que no estaba de humor aquel día.

—Pero, Margot, ¿se ríe usted de mí?

—¡Ah, no! ¡Qué ocurriencia! ¡Como si no tuviera otro trabajo!

—Pues, hija, lleva usted la capa con menos gracia que un tenor cantando Carmen. Es usted, cuando se le antoja, más ordinaria que comer con los dedos.

—¡Yo, ordinaria! ¡Vamos!... ¡A mí en los “cabarets” me llaman el pavo real! ¡Qué se ha creído usted!

Furiosa, Margot quiso dar una lección a la encargada, y sin atender a razones quitóse la “toilette” que llevaba puesta y la dejó sobre una silla.

Los demás maniqués salían ya del tocador para presentarse ante la concurrencia, y la encargada, desesperándose por la estúpida actitud de Margot, que no quería cumplir con su obligación imitando a sus compañeras en la segunda y más importante exhibición de modelos, se cansaba de su-

plicar a la rencorosa muchacha, que tenía de tres a doce reyes en el cuerpo.

La casualidad llevó al tocador en aquel momento a Miguelina, portadora de un vestido recién terminado, y la encargada, al verla, no titubeó en recurrir a ella para salir del apuro.

—¡El cielo me la envía, Miguelina! — exclamó la encargada—. ¡Desnúdese!

Miguelina no volvía de su asombro, ni Margot tampoco.

Miguelina pensaba: “Pero ¿es posible que yo haga de modelo?”

Y Margot rugía, para sí: “¿Serán capaces de substituirme a mí?”

—¡Ese esqueleto es una percha! — dijo con descaro.

Pero Miguelina quedó repentinamente transformada en un elegante maniquí, y la rabia de Margot corría parejas con la envidia de las modistillas que desde el obrador creían ver visiones observando la metamorfosis de su compañera.

Miguelina no sabía lo que le pasaba y no

sabía cómo atreverse a salir a la sala de exhibición; pero la encargada, para vencer su emoción, le dió un empujón y la mandó



—¡Ese esqueleto es una percha!

a la escalinata que conducía al gran salón.

Era ya imposible retroceder; y sacando ánimo de no sabía dónde, Miguelina fué avanzando con garbo, comprendiendo que de no serenarse iba a ser la risa de todos.

La encargada, cuya vista estaba fija en

el nuevo maniquí, sonreía satisfecha de lo bien que Miguelina interpretaba su papel de modelo; y como ella sonreían varios dibujantes, el director de la casa y todos, todos los señores que acompañaban a solteras, a casadas y a todas las categorías de señoras.

El vestido que lucía Miguelina obtuvo un franco éxito principalmente por la gracia con que ella lo vestía, y se hicieron varios encargos de él, comprando el modelo una encopetada dama de verdad.

Lady Thomson contempló al maniquí y el vestido, y quedó encantada de aquélla y de éste, encargando uno para ella.

—Es muy simpática esa señorita — dijo luego a la encargada.

—Sí, lady. Estamos muy contentos de sus servicios. Es una pobre huérfana de la guerra. Su natural distinción demuestra su cuna.

—En efecto, es muy “chic”.

Y “la percha” fué el encanto de la exposición.

*
**

El éxito de Miguelina no hizo la menor gracia a Margot, sino que logró exasperarla tanto, que la venganza reclamaba, sino sangre ni tampoco moño, al menos una serie de bofetones a cual más sonoro.

La disputa surgió presto, cuando aun no se había vestido Miguelina las ropas usuales.

—Oye tú, respunteamora. La que me quite a mí el pan ha de tener más chicha que tú. ¡Esquirola!

—Déjame en paz. Yo no te hice nada. Fué cosa de la encargada.

—Sí, ¿verdad, monada? Te voy a dejar

la cara tan arregladita que si quieres lucirte otra vez tendrás que salir con careta.

—Hablas mucho y no me interesa hacerte caso.

—¡Ay qué gracia! Anda a darle a la máquina. Tú te ganas la vida como los burros: con las patitas.

Miguelina regresó al obrador entristecida. Sus compañeras, dejándose llevar de la envidia que las roía, se burlaron impiamente de ella, y se unieron a Margot cuando ésta, que quería arañarla, siguió a la inocente muchacha al taller.

—¿Y tú eres la hija de un héroe? —añadió Margot, buscando provocar definitivamente a Miguelina.

Esta miró a Margot brillando en sus ojos unas lágrimas. ¿Por qué mentaba a su pobre padre, que ufé, si, un verdadero héroe.

Margot no quiso ver la amargura de Miguelina y terminó el insulto:

—¡A ti te dejaron en el buzón de correos! La ofensa surtió efecto: Miguelina, perdiendo su timidez, abalanzóse a la misera-

ble y los cimientos de la casa de modas riñeron descomunal batalla.

La lucha duró un buen rato. Rodaron las dos mujeres por el suelo, dando un espectáculo doloroso, pero las compañeras se reían.

Al rumor de la disputa acudió la encargada, y como en aquel momento Miguelina, apoderándose de lo que le vino a mano, tiró en dirección de Margot la borla de los polvos completamente empapada de éstos, el objeto fué a dar en pleno rostro de la encargada, cuya cólera subió de grado.

Naturalmente, la lucha cesó en el acto al darse cuenta las combatientes de la presencia de la encargada.

Esta preguntó furiosa qué había ocurrido, y todas a una las compañeras acusaron a Miguelina.

—Ha sido esa ordinaria. Es tan zafia que hasta tira los polvos.

La encargada acercóse a Miguelina, y viendo que tenía roto el vestido que lució en la exhibición, le dió casi un síncope y le

gritó, tirándose de los pelos por haberla elegido como maniquí de "recambio":

—¡A la calle!

Llorando desconsoladamente, Miguelina se quitó el vestido, y lejos de dejarla tranquila con su pena, una compañera, en nombre propio y en el de las demás, se gozó en atormentarla con groseras pullas.

Hay mujeres que difícilmente perdonan la belleza de las otras.

*
**

Miguelina salió a la calle con paso lento y los ojos arrasados de lágrimas. Parecía que el peso de su desventura la impidiese caminar.

Era una más en el arroyo, como una pobre protagonista de un tango triston y doliente.

Al ir a cruzar la calzada no vió que un "auto" se le echaba encima y no pudo evitar el caer entre sus ruedas.

Se arremolinó gran número de transeuntes alrededor del coche y unos brazos caritativos la recogieron cariñosamente, para trasladarla al dispensario más cercano; pe-

ro el ocupante del coche y causante del atropello se apeó del "auto", dió su tarjeta y depositó en el vehículo, a su lado, a la



...se gozó en atormentarla con groseras pullas.

infeliz, haciéndose responsable de lo ocurrido.

Embragó el "auto", y la sin ventura apoyó su cabeza en el hombro de lord Arturo

Thomson, inglés que sabía tener coche con dignidad, sin escapar como un raterillo al menor lance callejero.

Al llegar a su regia morada, el lord depositó a Miguelina sobre un diván y dijo a uno de sus criados:

—¡Un doctor!

Y a otro:

—¡Avise a mi madre!

Mientras un criado telefoneaba al médico de cabecera, el otro ponía al corriente a lady Thomson de lo ocurrido.

Acudió apresuradamente la noble dama al la do de su hijo y al descubrir a Miguelina asombróse de volverla a ver allí.

El lord explicó:

—Un atropello, madre. Fué culpa mía, y obligación mía es curarla.

La dama, mirando alternativamente a su hijo y a Miguelina, comentó:

—¡La célebre modelo!... ¡Quién sabe si no fuera tan hermosa si tendrías tanto interés en curarla!

Lord Arturo no encontró una contestación adecuada... En realidad, Miguelina era muy hermosa...

*
**

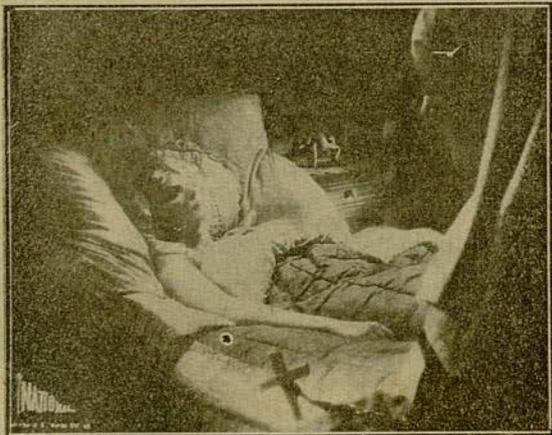
Pasaron largos días de angustia. Miguelina había resultado seriamente herida y estuvo entre la vida y la muerte, velada día y noche por hermanas de la caridad en continuos relevos.

Lord Arturo permaneció en su hogar, como en acto de contrición, durante la gravedad de Miguelina, y cuando el doctor le indicó que la enferma estaba fuera de peligro, experimentó la mayor alegría de su vida.

Pero si con la salvación de Miguelina se libraba Arturo de un peso que le ahogaba, el hecho de pensar en que pronto debería

separarse de ella le llenaba de melancolía.

La convalecencia de Miguelina fué como un sueño de oro para ella y para Arturo,



Pasaron largos días de angustia.

que era joven como la modistilla y tan soñador también.

Pero ¡qué pronto sana una mujer cuando tiene el amor por enfermero!

Se acercaba con pasos de gigante el mo-

mento de la separación con el completo restablecimiento de la enferma.

¡Qué pena les embargaba!

¿Tendrían el suficiente valor para separarse?

No. No podrían. Durante la enfermedad, los dos jóvenes habían visto nacer en su corazón un sentimiento desconocido que los llevaba el uno al otro con irresistible atracción.

Y Arturo, decidido a obrar en aquel delicado asunto, dijo a Miguelina, equivaliendo a una declaración:

—Diga usted a mamá que no está restablecida.

Ella calló y apartó sus miradas del rostro amado...

—¡He rezado tanto para que usted sanara pronto y para que no se curase nunca! — añadió Arturo con exaltación.

Y los días pasaron en curación interminable, hasta que lady Thomson sorprendió a su hijo declarándose a Miguelina y juntando con los de ella sus labios.

Viendo en la bella modelo un gran peligro para el porvenir de Arturo, la noble



...sorprendió a su hijo declarándose a Miguelina...

dama llamó seguidamente al consejero de la casa y le dijo:

—Usted, como apoderado de nuestros negocios, va a prestarme un señalado servicio.

—A sus órdenes, lady.

—Mi hijito está peor que enfermo. ¡Está enamorado de una chica pobre!

—¡Aire, viajes, aventuras! Eso arranca cualquier amor de juventud — respondió, convencido, el consejero.

—Excelente idea.

—Ojos que no ven...

—Cierto...

—Precisamente es indispensable un viaje a sus posesiones del Transvaal.

—¡Meses de correrías! ¡Maravilllloso remedio!

La noble inglesa llamó a un criado y ordenóle:

—Diga usted a mi hijo que le espera nuestro agente de negocios.

El criado fué a interrumpir el delicioso coloquio que Arturo sostenía con Miguelina, y para llamar la atención del lord tuvo que llamar, como a una puerta, a la tela de una sombrilla abierta que ocultaba a la pareja de las miradas de alguno de los habitantes de la casa que se asomase a una

ventana o se paseara por aquella parte del jardín...

—Su señora madre le llama, lord Arturo.

El joven despidióse de Miguelina, prometiéndole regresar sin tardanza a su lado, y al reunirse con su madre y el consejero, con el que eran grandes amigos, éste le habló de esta suerte:

—Lord Arturo, es indispensable que usted conozca la importancia de sus posesiones sudafricanas.

Arturo se atragantó. ¡Partir a lejanas tierras cuando acababa de encontrar el amor de su vida!

Lady Thomson intervino, persuasiva:

—Conviene a tus intereses y a tu salud. Debes aprender a guiar tu coche en la selva.

—No veo la utilidad, mamá...

—Sí, hijo mío... En la selva tropiezas con una fiera y la matas. En el bulevar tropiezas... y tú eres la víctima.

Arturo vió claro y desconcertóse. Su madre mandó siempre en él y no supo con-

trariarla. Meditó unos instantes, durante los cuales lady Thomson le dejó a solas con el consejero, y dijo a éste, enojado:

—¡Vaya visita inoportuna!... ¡Ya podía haber perdido las señas de esta casa!

—Lord Arturo, yo no soy más que un mandado...

—Sí, pero usted ayuda a mi madre a desbaratar mis más caros proyectos.

—Yo me limito a defender sus intereses, lord...

Arturo separóse bruscamente del consejero y fué al encuentro de su madre.

—¡Madre mía... yo no me muevo de París!

—Es preciso, Arturo.

—¡No puedo separarme de Miguelina!

—Fuerte te dió, hijo mío...

—¡Yo soy de los hombres que sólo saben comprar un beso de mujer con su nombre!

—Y ella, ¿es digna de tu amor?

—¡Oh, madre! ¿Por qué lo duda usted?

—Es muy fácil decir que se quiere a un hombre rico.

Arturo murmuró algo ininteligible, y lady Thomson, reconociendo que no podía ser intransigente en tan críticos instantes, continuó:

—Seamos prudentes, hijo mío. Pongamos a prueba esos amores. Yo guardaré a tu Miguelina mientras dure tu viaje. Si es digna de ti será tuya.

—¡Oh, gracias, mamá!

Y saltando como un chiquillo, porque el amor ponía alas a su corazón, Arturo reunióse con Miguelina y le comunicó lo que él creía de buena fe fausta nueva:

—¡El amor ha vencido al orgullo de raza!

—¿Qué ocurre, Arturo?

—¡Tú, Su Majestad mi modistilla, vivirás con mi madre!

Miguelina emocionóse. ¿No era todo aquello un dulce sueño?

Se abrazaron llenos de ilusión, y Arturo añadió, discretamente:

—Sé digna de la confianza que ella pone en ti. Sé buena... A mi regreso serás mi esposa.

—Sí, Arturo.

*

**

El día de la partida, lady Thomson habló reservadamente con Miguelina.

—Tú eres mujer... Voy a hablarte como las mujeres hablan.

Su instinto de fémina avisó a Miguelina que la amenazaba un serio peligro y escuchó atentamente.

—No dudo de tu amor hacia Arturo, pero tú eres joven, su viaje será largo... Tu belleza puede triunfar sin él... Yo te daría cuanto pidieras...

El corazón de Miguelina sangró... Comprendía... Ya le parecía a ella que aquel

sueño que vivía se truncaría pronto al contacto con la dura realidad...

—Nada quiero, señora — musitó.

Se resignaba. Era sensata. ¿A qué luchar, si sabía que para Arturo su madre era sagrada?

Lady Thomson, muy afablemente, como si no hiciera más que protegerla aconsejándole que olvidase a Arturo, continuó:

—El es hombre... su amor puede ser un sueño de juventud y olvidarte...

Tras esto desapareció lady Thomson, encaminándose a la habitación de su hijo, para evitar que se entrevistase a solas con Miguelina, pero no contaba con que Arturo había escuchado la conversación de las dos mujeres ocultas detrás del respaldo de su sillón.

Arturo salió de su escondite y estrechando entre sus brazos con sincero amor a Miguelina, le hizo protestas de su cariño:

—¡Miguelina! ¡Yo no te dejo, Miguelina! ¡Huyamos!... A las cinco te espero en

la estación. Antes de esta noche ya estaremos unidos para siempre.

Quedó convenido que se verían a las cinco y se separaron rápidamente para no ser sorprendidos y no dar motivo de sospecha.

Partió Arturo, y lady Thomson esperaba ver partir también, pero con otro destino, a Miguelina.

Esta, en su habitación, sostenía ruda lucha en su alma entre la rectitud y el amor. ¿Qué determinación tomar?

Dieron las cinco y salió, con una maleta en la mano, de su cuarto, encontrando en un saloncito a lady Thomson y al consejero. Este retiróse y entonces, afligida, Miguelina confesó la verdad a la dama.

—¡Señora!... ¡Perdón! Yo quiero demostrar a usted que soy una mujer buena...

—Ya sabía que lo eras. Por eso te hablé como lo hice.

—Arturo quería casarse conmigo... Me espera para alejarnos de París en la estación del Este.

Sin esperar a más, lady Thomson fué a dar órdenes terminantes al consejero.

—Volando acuda a la estación del Este... Y, sin venir a casa, márchense por la estación de Lyon... Se trata de evitar la fuga de Arturo.

El consejero cumplió casi al vuelo la grave misión, y al llegar a la estación del Este vió al lord en espera y le hizo subir al "auto" en que él acababa de aparecer.

—¿Qué significa esto? — inquirió Arturo.

—¡Pero, lord, a sus años equivocarse de estación!

—Evite usted palabras inútiles. ¿Confesó Miguelina nuestro plan?... ¿Por qué no ha venido?

El coche se dirigía velozmente hacia la estación de Lyon.

—Miguelina ha comprendido que un lord no es un colegial.

—Es la primera prueba de honestidad que ha dado esta mujer para acercarse a un lord.

—Sea. Y ¿qué mejor novela para un inglés rico, que juventud, aventuras y un amor que espera

Arturo dejóse convencer y partió, y mientras él se alejaba de París, Miguelina, habiendo sacrificado su amor a su dignidad, se disponía a abandonar el hogar donde tantas horas felices había vivido.

Lady Thomson, compadecida de ella y no queriendo ser responsable de lo que pudiese ocurrirla dejándola sola cuando más necesitada estaba de apoyo, resolvió tenerla a su lado por algún tiempo.

—Miguelina, ¿adónde irás sin amparo de nadie, si rehusas mi ayuda pecuniaria?

—A mi palacio de ensueños. A un taller de modistillas.

—No te vayas... ¿Quieres esperar a mi lado?... ¿Serás digna de aparentar la hija de un lord?

—¡Oh, señora! Haré lo que usted me mande.

Sabría quedar bien frente a la alta sociedad. Las modistillas de París visten con

igual elegancia el manto real que el traje de cocota. Miguelina aparentaría la hija de un lord y además sería una mujer honesta.

*
**

Baden-Baden. Ciudad balneario donde los ricos van a curarse enfermedades fantásticas, mercado de lujos veraniegos, refugio donde todos buscan remedio al tedio del oro.

Apenas llegadas al famoso balneario, lady Thomson y Miguelina, convertida en gran señora, tuvieron un encuentro: el de la ex princesa Sonia, una de las innumerables primas de los zares de Rusia, una mujer otoñal que con las nuevas ideas se había vuelto demócrata casándose con un famoso pintor bolchevique.

—¡Lady Thomson! — exclamó la rusa, yendo al encuentro de la inglesa.



...Miguelina, convertida en gran señora...

—¡Princesa!

Se abrazaron. Se besaron. Conociáanse de antiguo y eran buenas amigas.

La primera fijóse en Miguelina y lady Thomson la presentó.

—Miguelina, una señorita del pueblo. Los ingleses también nos complacemos en ser demócratas.

—¡Señorita del pueblo! Buena amistad para mi esposo que reniega de mis relaciones aristocráticas.

Las tres mujeres se pasearon charlando afablemente y pronto se estableció una viva simpatía entre la ex princesa y Miguelina.

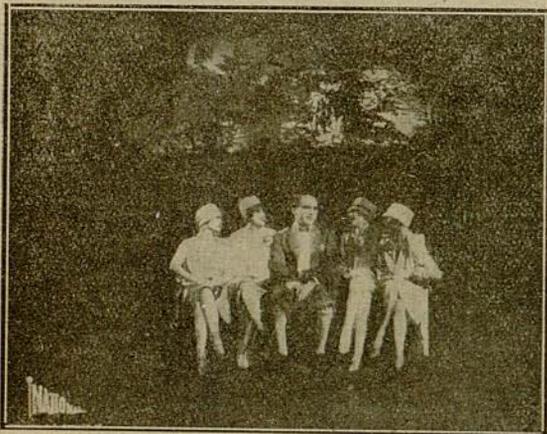
En tanto, el esposo de la rusa, el pintor Chejow, artista del pueblo y para el pueblo, sudaba el quilo apretujado en un banco del jardín por cuatro señoritas de la buena sociedad que, dos a su derecha y dos a su izquierda, trataban de convencerle para que les pintase un retrato.

—¿Ni a mi tampoco me complacerá, señor bolchevique? — díjole una de las monísimas criaturas.

—¡No se cansen, señoritas!... Yo no pinto burgueses... Me lo prohíbe el soviet.

—¡Pues entre todas le obligaremos!

—Es inútil. El perro se me ha comido las pinturas.



...trataban de convencerle para que les pintase un retrato.

—Ya tenemos carmín en nuestros bolsos.

En aquel momento acertó a pasar cerca del pintor su esposa Sonia acompañada de Miguelina, y agradablemente sorprendido

por la graciosa silueta de la desconocida amiga de su mujer, Chejow levantóse del banco y dejó plantadas a sus cuatro admiradoras para presentarse y ser presentado a la belleza que acababa de cruzarse en su camino.

Pero cuando iba a darles alcance las dos mujeres se separaron, y Chejow lamentó el no haber podido conocer a Miguelina.

—No te apures por tan poca cosa. Esta tarde verás a esa encantadora señorita en nuestra casa. La he invitado a nuestra fiesta; con lady Thomson, naturalmente — le dijo Sonia, adivinando el interés artístico que había despertado en su marido la hermosura natural de la parisiense.

Y aquella tarde, en la fiesta rusa en el palacete de la ex princesa y el bolchevique, dióse cita lo mejor de la sociedad de Baden-Baden.

El artista rebelde a la etiqueta sólo tenía un amor: los pasteles.

Su lema era: Paz, Paz y siempre Paz... con pasteles y buenas pinturas.

Lady Thomson y Miguelina asistieron a la fiesta.

Chejow hizo pronto buenas migas con Miguelina, y como, en escasos minutos, su trato parecía datar de mucho tiempo, lady Thomson extrañóse de ello, no ocultándole a la ex princesa su sorpresa.

La noble demócrata la sorprendió todavía más al decirle que aquel "invitado" era su marido.

—¡ Ah! ¿ Su esposo?

—Sí, lady. Es mi esposo. Por lo que veo, ya empieza a civilizarse.

—Miguelina ha simpatizado con él...

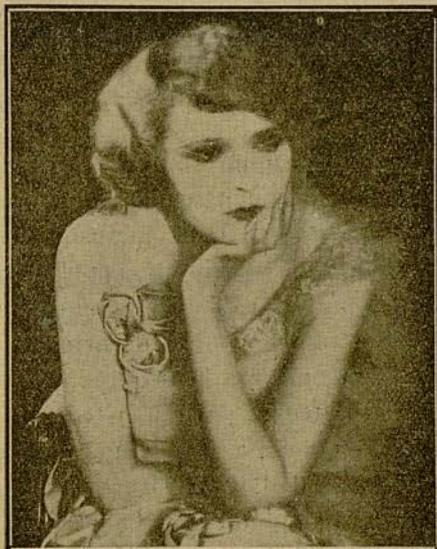
—Es un pintor extraordinario, amiga mía. ¡ Una gloria de mi patria!

Iba Sonia a presentarlo a lady Thomson, cuando llegó al palacete un virtuoso del piano invitado a la fiesta.

La ex princesa apresuróse a darle la bienvenida y poco después el virtuoso se sentó a la caja sonora y desbordó en ella su genio.

El arte del maestro suspendió el ánimo de

todos los oyentes con bellísimas melodías. Miguelina se creía transportada a eleva-



En su recogida actitud la sorprendió Chejow.

das regiones donde todo era pureza. En su recogida actitud la sorprendió Chejow. Ma-

ravillado, el pintor, acometido de súbita inspiración, tomó un apunte de su divino rostro, y a falta de papel utilizó el puño blanco de su vecino de silla, el cual, al darse cuenta de ello, exclamó, extraordinariamente satisfecho:

—¡Firmelo!

El virtuoso terminó su brillante concierto, y cuando la concurrencia hubo premiado su labor con frenéticos aplausos, el dueño del puño que sirvió de papel para el apunte del pintor, exclamó, yendo de unos a otros mostrando la obra de arte del bolchevique, sin omitir a la inspiradora:

—¡Miren ustedes! ¡Miren ustedes!

Chejow acercóse a Miguelina y le dijo:

—Señorita, usted y yo haremos una obra inmortal. Usted pondrá su belleza, yo mis pinceles.

Lady Thomson estaba sentada junto a Miguelina. Esta consultó con la mirada a la noble dama y respondió, aceptando por su parte:

—Como lady disponga...

—Lady — dijo Chejow, saludándola con toda la cortesía de que era capaz—, le suplico que me honre dando su venia a la señorita para que me preste su valiosa cooperación a algo grande que deseo producir.

Y lady Thomson, halagada por el bolchevique, aceptó, aplaudiendo toda la reacción que se operaba en el eminente artista.

Sonia, encantada, comentó, con lady Thomson:

—¡Francia ha civilizado a otro hombre!
¡Poder divino de la cultura de París!

*
**

Al hotel de Baden-Baden llegaron unās maletas cargadas de sedas y trapos y un maniquí cargado de pretensiones: la elegante Margot.

Con el maniquí llegaba una empleada modista de la casa de modas, para presentar los modelos de la temporada, lucidos por Margot, a lady Thomson, y darlos luego a conocer a todas las damas por medio de la modelo, en el teatro, casino y otros lugares de reunión.

La empleada presentóse a la noble inglesa y a Miguelina, a quien aquélla no conocía, y les exhibió, a mano, los vestidos, diciéndoles:

—Son los últimos modelos de París. Después les mostraré el maniquí viviente.

Miguelina apoderóse de una finísima "toilette" y fué a vestírsela en una habitación inmediata.

Durante su corta ausencia, compareció Margot ante lady Thomson y comenzó la exhibición animada de los modelos.

Miguelina entró en aquel instante en la salita donde estaban lady Thomson y el ordinario maniquí, exclamando, acariciando la fina tela:

—¿Supe elegir, lady?

Margot reconoció a Miguelita y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, profirió:

—¡Anda, la percha!

Miguelina palideció. ¡Margot, allí! Busco protección en quien debía dársela: lady Thomson.

Margot, poniéndose en jarras, aproximóse a Miguelina y vociferó:

—¡A mí tú no me estropeas el veraneo!
¡O te quedas en camisa por tu propia voluntad o te dejo este traje como el otro!

Luego, dirigiéndose a la empleada de la casa de modas que viajaba con ella, le espetó:

—¡A mí no se me traen maniqués de segunda mano! ¡Competencias, no!

Lady Thomson atajó a la escandalosa muchacha:

—Esta señorita es mi hija adoptiva.

La perplejidad de Margot no tuvo límite. ¡Miguelina, hija adoptiva de la opulenta lady Thomson!

Contoneándose como un pavo, haciendo honor al mote que le pusieran sus compañeras de "cabaret", Margot enfrentóse con Miguelina, le hizo una profunda reverencia y exclamó:

—¡Perdón, princesa! ¿Le interesa este traje para ver al rey?

Pero lady Thomson puso fin a las impertinencias de la descocada muchacha prescindiendo de ver los modelos sobre ella. Mejor los luciría Miguelina y escogería mejor.

*
**

"Cabaret". Charleston. Champaña... La clínica de enfermos de tristeza de Baden-Baden.

En un palco se hallaban lady Thomson y Miguelina con el pintor Chejow.

La hija adoptiva de lady Thomson era miel para los cazadores de dotes, pues todos ignoraban que ella había entregado ya todo su corazón a Arturo Thomson, que seguía en lejanos horizontes.

Margot, cumpliendo su misión de asalarriada para lucir los últimos modelos de la casa de modas, fué al "cabaret", contoneán-

dose tan exageradamente que un pavo real no lo haría mejor.

Un concurrente solitario la saludó a su



El pintor Chejow trabajaba con fe en su gran obra.

paso cerca de su mesa y la dirigió un pipopo:

—Si le interesa un fabricante de aviones aquí tiene uno que jamás aterrizó violentamente.

Ella le miró con cómica soberbia y al ir a seguirla, el galanteador perdió el equilibrio y dió con sus narices en el suelo.

Buscando una mesa con agradable compañía, Margot encalló en la de un cazador de dotes cuyas miradas no se apartaban de Miguelina.

El escudo que el apuesto caballero ostentaba en los calcetines hizo abrir el ojo a la modelo. Encargó una botella de champaña, pensando que todo un señor marqués no se negaría a mostrarse amable con ella abonando, además, su consumición.

La música tocó un airoso baile y Margot, haciendo una seña al marqués, levantóse al tiempo que lo hacía él; pero se llevó chasco al ver que el noble no aceptaba bailar con ella ni se había dignado siquiera reparar en su presencia, sino que se dirigía al palco de Miguelina, ofreciéndose a bailar con ella.

La codiciada hija adoptiva de la dama inglesa tenía comprometido aquel baile con otro galán y el marqués se quedó sin pareja.

Cuando el cazador de dotes volvió a su mesa, Margot, fresca como el Montblanc, le dijo:

—¿Es usted don Juan Tenorio? ¡Vaya éxito!

El marqués la miró de arriba abajo y sonrió indiferente.

De pronto Margot vió a Miguelina bailando y, reconociéndola, gritó:

—¡Miguelina! ¡Te convidó! ¡Mira! ¡Es champaña de postín!

Miguelina no la hizo caso, y el marqués, extrañado de la franqueza con que Margot, la ordinaria Margot, trataba a la hija adoptiva de lady Thomson, no se mostró ya tan desdeñoso con ella.

La música siguió tocando y de repente Miguelina lanzó una ahogada carcajada.

—¡Oh!

Bailando, bailando se le había escapado el tacón de un zapato, yendo a parar a los pies del marqués, quien se apresuró a ir a ofrecérselo.

Cojeando, Miguelina alejóse con el mar-

qués al pasillo del salón y sentóse en una silla accediendo a un ruego del cazador de dotes, que se disponía a clavárselo allí mismo diciéndole:

—Por una sonrisa de usted seré zapatero.

Pero no tuvo tiempo de dedicarse a tal oficio — el primero de su vida de ocioso—, pues en tal instante se reunieron con Miguelina lady Thomson y el pintor, marchándose los tres del “cabaret”.

Pero el marqués no perdió la ocasión de presentarse.

—Soy el marqués de Cadillac — dijo a la gentil muchacha.

Y le pareció que a la codiciada “heredera” el título le había causado buen efecto.

Al volver al lado de Margot, el marqués le habló de Miguelina, para saber datos concretos.

—¿Usted conoce a la hija de lady Thomson?

—¡Ya lo creo!

—Pues no parece que hayan comido en el mismo plato.

—¡Hija de lady! ; Y un jamón!

—¿Cómo?

—A ésa le he dado yo más bofetadas que besos a todos los novios de mi larga vida.

—Explíquese... Me interesa... El champaña está pagado... Camarero, traiga otra botella.

Margot se sintió dicharachera y soltó la verdad.

—Suerte de algunas, marqués... A unas les pilla un taxi y las espachurra. A esta la he vestido.

El marqués sonrió satisfecho y comentó:

—Me parece que he encontrado una caja de caudales para poner mi corona.

Y al día siguiente, el cazador de dotes logró hablar a solas a Miguelina y lo hizo con desfachatez sin igual.

—Señorita. Como quiera que me concede usted pocos momentos, voy a adoptar la táctica de la rapidez. Sé que usted "posee" una madre postiza y rica. ¿Quiere aceptar una corona que legalice su situación y asegure la mía?

Miguelina replicó, con naturalidad:

—Tiene usted más de zapatero que de mar-

qués... y ofendo a los zapateros. Yo no soy ganzúa para forzar la caja de mi protectora.

—Ya sabía que es usted diestra en dar puñetazos. Es usted la campeona de los talleres de París...

—Según usted, el ser boxeadora es un mérito para ser marquesa. Vaya... Otro día será, hermano. Para sentirme noble no necesito una corona.

Y se alejó dignamente del poco escrupuloso marqués, quien, sin embargo, no perdió las esperanzas...

*
**

El pintor Chejow trabajaba con fe en su gran obra, admirado de su modelo, la mejor que había tenido en su carrera.

Al terminar el cuadro, en el que se podía admirar, con el arte más exquisito, el divino torso de Miguelina, el bolchevique iluminado mostró el cuadro a lady Thomson, y la altiva dama se indignó, considerando que Chejow se había extralimitado pintando casi desnuda a Miguelina y censurando severamente a ésta por no haber sabido resistir a las tentaciones de que la había rodeado.

Bruscamente la conducta de lady Thomson para con Miguelina había cambiado.

¿A qué se debía?

Miguelina descubrió la causa: lady Thomson



...mostró el cuadro a lady Thomson...

había recibido un cable del Transvaal por el que se le daba cuenta de que Arturo estaba atacado de melancolía y era preciso regresar.

Ahora, cuando Arturo estaba próximo a llegar, su madre quería apartar de su lado a



...despidióse tristemente del retrato de Arturo.

Miguelina, y como no tenía motivo en que fundarse, se aferraba al inocente pretexto de haberse dejado pintar ligera de ropa.

Miguelina, obrando siempre con lealtad, le dijo, en el hotel:

—Comprendo la razón de su enfado. He leído el cable... Volveré a mi aguja.

—Puedes hacer lo que quieras. No te perdonaré nunca tu ligereza.

Y Miguelina despidióse tristemente del retrato de Arturo.

¿Qué haría ahora, después de haberse acostumbrado a la vida de sociedad?

Por fortuna, la ex princesa Sonia y su marido eran dos excelentes personas.

Indignados contra lady Thomson por la opinión que emitió al ver la obra maestra de Chejow, decidieron demostrar su razón a la soberbia dama, y quiso la suerte que la ex princesa popular encontrase a Miguelina, cuando ésta salía del hotel y ella iba a ver a la inglesa.

Enterada de la realidad, la rusa prometió su ayuda maternal a Miguelina y la llevó a su casa, donde fué recibida como una hija por los esposos.

*
**

Arturo creyó lo que su madre, al llegar él a Baden-Baden, le dijo, y que era que Miguelina se había marchado a su París.

—Sí, hijo mío; las mujercitas del Bulevar sólo tienen un amor: la alegría de su pueblo.

Nada lograba curar la melancolía del enamorado, pero a pesar de ello lady Thomson no se arrepentía de haber alejado de su hijo a Miguelina.

Para dar una lección a lady Thomson, los esposos rusos dieron una fiesta en su palacete y a ella invitaron a Arturo y a su madre; y durante la misma Chejow se llevó a Arturo

a su taller donde le mostró el cuadro de su amada.

Pero, contrariamente a lo que el pintor es-



...fué recibida como una hija por los esposos.

peraba, Arturo, al ver el desnudo torso de Miguelina, se puso furioso:

—¿Qué significa esto?

—Una obra genial — dijo la ex princesa, que se había reunido a los dos hombres.

—A lord Arturo le emociona tanto que sería capaz de comprarla — dijo Chejow, sonriente.

—¡Sí!... ¡Para quemarla!—exclamó Arturo, sulfurado.

Miguelina, que había visto a Arturo, a quien esperaba impacientemente, conforme al plan de sus buenos protectores, se presentó en el taller, esperando que él le abriría sus brazos, pero pasó por el dolor de verle y oírle rechazarla con desprecio.

Se imponía la necesidad de dar una merecida lección a los orgullosos ingleses.

La ex princesa había ofrecido a Miguelina su carnet de cheques para comprarse una de las coronas en venta en Baden-Baden, donde menudeaban los cazadores de dotes y vendedores de títulos nobiliarios, y ya no vaciló Miguelina, aconsejada de nuevo por la rusa, en hacer uso de tal ofrecimiento.

En el jardín se hallaba, esperando siempre, como respondiendo a un misterioso llamamiento, el marqués de Cadillac.

Miguelina se le acercó, sentáronse los dos en

un banco y hablaron, fijando en 200.000 marcos oro el importe de la venta de la corona disponible.

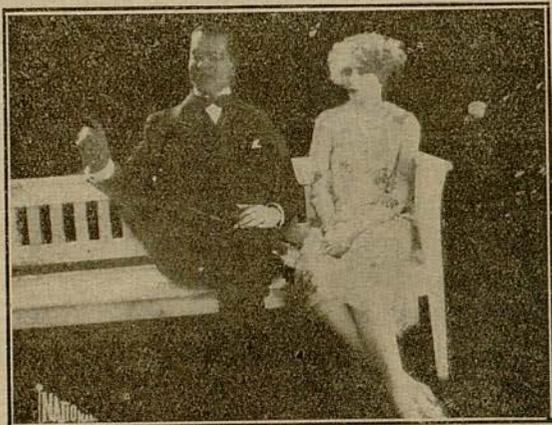
Arturo creyó que su madre, al decirle que Miguelina se había ido a París, le mintió para no revelar la terrible verdad, es decir, que Miguelina vivía con el pintor, como una vulgar modelo...

El consejero, que comprendía el mal que se estaba haciendo a Arturo, prometió enterarse de todo, para poner las cosas en su lugar, toda vez que habían llegado a un extremo harto doloroso.

Por Chejow se enteró Arturo en el Casino de que Miguelina había comprado al marqués su corona, para que con el título de marquesa nadie tuviera que avergonzarse de ella, y el lord retó al noble sin dignidad a una partida al "écarté". Aceptó Cadillac y perdió los 200.000 marcos oro, quedando, pues, arruinado y sin corona.

Satisfecho de haber ganado esos 200.000 francos y viendo, al fin, claro, Arturo fué a ver a Miguelina, cruzándose en la casa con

Cadillac, que había ido a buscar el cheque de 200.000 marcos y a ofrecerse a casarse con la compradora del título, para lo cual fué rotundamente rechazado.



fijando en 200.000 marcos oro el importe de la venta de la corona.

Al verse los dos hombres, Arturo reclamó al marqués el pago de la deuda de juego, e impidiendo que Miguelina le entregase el cheque, el lord se interesó por la compra de la corona

en venta, y le extendió un cheque suyo por los 200.000 marcos oro que pedía, cuyo cheque volvió a su cartera como pago de la deuda de juego.

Hecha esa operación, Arturo presentóse ante Miguelina y le pidió mil perdones, culpando de lo ocurrido a un exceso de soberbia de su madre.

Y Miguelina, que amaba, perdonó, pues al fin y al cabo Arturo había sido juguete de su madre.

—Sí, te perdono, porque siempre te he querido y tú también me quieres.

La altiva dama, aconsejada por su apoderado, descendió de su soberbia y solicitó a su vez perdón a su hija adoptiva, deseando que en adelante fuese su verdadera hija.

Los demócratas rusos habían vencido a los altivos ingleses, dándoles una buena lección de bondad.

Y ya Arturo, curado de su melancolía, podía decirle a su amada, con la que casaría pronto:

—¿Me das un beso, marquesita?

—¡ Marquesita, no! ; Te dará un beso Su Majestad la Modistilla! — contestó ella, colgándose de su cuello.

FIN

Próximo número

La sentimental novela

Un corazón de oro

por
Marian Mixon y Garet Hughes

Acaba de aparecer

LA CIUDAD CASTIGADA

(Los Últimos días de Pompeya)

en las selectas Ediciones Especiales de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Exclusiva de venta para España:

**Sociedad General Española de Librería, Diarios,
Revistas y Publicaciones, S. A.**

BARCELONA: Barba, 16 - MADRID: Ferraz, 21 - IRÚN: Ferrocarril, 20